

Discurso pronunciado por Rocio Rosero Garcés. Premio Manuela Espejo Quito, 6 de Marzo 2008

Manuela Chusig, nuestra Manuela Espejo, una de las Tres Manueles transgresoras, mujer letrada, de nombre literario Erophilia, que significa **amiga de la sabiduría y el amor**, le ha dado el nombre a este insigne Premio que fue creado por el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito para honrar y destacar la memoria de esta quiteña que consagró su vida a las causas justas de su época, que dignifican, aún hoy en día, a las mujeres para mejorar nuestra condición y posición en la sociedad ecuatoriana.

Y como siempre, ... no puedo callar mi voz en este histórico momento que vivimos, porque la incursión del ejército colombiano en territorio ecuatoriano, ocurrida el sábado pasado, marca no sólo una violación de la soberanía y de la integridad territorial del Ecuador y de los principios del derecho internacional, junto con el asesinato del segundo hombre de las FARC y 22 personas más, sino la regionalización del conflicto colombiano. Estos hechos han generado una grave tensión en la región, así como una reacción de rechazo casi unánime en toda América Latina, claramente manifiesta en la resolución aprobada por el Consejo Permanente de la OEA el día de ayer.

En estos difíciles momentos, quiero, una vez más, levantar mi voz para decir que nuestra vocación pacifista como mujeres y como pueblo ecuatoriano nos llaman a juntar nuestras manos, voces y corazones, junto al gobierno nacional, en un frente común, para defender la paz, como un valor supremo, la neutralidad del Ecuador en el grave conflicto interno de nuestra hermana República de Colombia y nuestro rechazo irrestricto al propósito imperialista de convertir a la región en un nuevo escenario de conflicto bélico internacional para impedir que nuestros pueblos avancen en la construcción de una América Latina autónoma y soberana.

Al recibir esta Medalla y este Premio, con su trascendencia de vida, no puedo hacer otra cosa que mirar al frente y junto a ustedes, recordar a nuestras ancestras y sus legados. En primer lugar a las mujeres de mi familia: a mi madre, a mi abuela materna, a mi tía abuela Lucila Salvador, una de las primeras filósofas y profesoras universitarias del país.

A todas aquellas de quienes hoy recupero su espíritu transgresor y su profundo compromiso; a aquellas con quienes me he forjado, en un proceso de largo aprendizaje, durante estos treinta y cinco años de lucha en el campo y en las ciudades de dieciséis provincias de mi Patria. A las Dolores, a las Manueles, a las Tránsitos, a las Cristinas, a las Martinas, a las Marías, a las Olimpias, a las Magdalenas, a las Cecis, a las Vivis, a las Amelias, a las Vickys, a las Ginas y las Martas... y a muchas otras!. A las indígenas, a las jóvenes, a las afrodescendientes, las mujeres migrantes, a las adultas mayores, a las trabajadoras sexuales y a las lesbianas. Junto a las ecuatorianas anónimas, a las latinoamericanas y europeas, amigas entrañables y maestras de la vida, pero sobre todo cómplices y compañeras

de lucha soñé y trabajé por una sociedad más igualitaria, más digna para las mujeres.

Junto a todas ellas aprendí y me forjé como la ciudadana que hoy soy, con una verdadera convicción democrática radical. La vida, la lucha cotidiana con las mujeres, más que la academia, me hizo feminista y defensora de los derechos humanos de las mujeres en Ecuador y en América Latina. La discriminación, las múltiples violencias de género, la pobreza, la desigualdad de las miles de mujeres de mi país y de la región han definido mi lucha incansable. Así, desde hace más de 35 años aprendo cada día de cada una de ellas.

Mi corazón y mi mente siempre están abiertos para recibir su torrente de enseñanzas y pensamientos pero también para apoyarlas en sus procesos individuales y colectivos de ganar poder para sí mismas, de ser autónomas, de luchar por las otras, de construir lazos y redes de solidaridad... para luchar por todas!. Fuimos y somos el primer movimiento que se globalizó porque entendimos que nuestra causa común es uno de los aportes más importantes del siglo veinte a la construcción de las democracias en América Latina.

En este andar por los caminos del país, por los páramos y las comunidades, por los pueblos montubios, amazónicos y de la costa que hoy vive horas dolorosas, muchas veces me he sentido extraña, absorta, incrédula, como regresando al siglo XVII, cuando las haciendas, la esclavitud y el huasipungo nos mantuvieron sometidas, subordinadas, invisibilizadas.

Me he rebelado una y cien mil veces ante tanta injusticia, tanta violencia y discriminación, pero es esa misma injusticia la que me ha permitido seguir creyendo en lo que hacemos, seguir levantando la voz y señalando, junto a ustedes, un mundo de dignidad, libertad y autonomía para las mujeres, para las y los más pobres, para quienes aún viven en condiciones ignominiosas en medio de la sociedad global, esa misma sociedad que perpetúa la pobreza y la exclusión de las mayorías.

Es que en esta ruta de aprendizaje cotidiano nunca perdí mi capacidad de asombro, una clave que me ha permitido no sólo llorar y sufrir las penas junto a miles de mujeres, sino también reír a carcajadas y alegrarme de esta vida bella que nos ha dado el derecho de ser personas, de participar y representarnos pública y políticamente. De esta vida, que me ha dado felicidad en la familia y en la pareja, en la maternidad de cinco hijos, grandes y chicos, y ahora también de los nietos que han llegado y de los que vendrán. Todos ellos nutren con su savia mi alma y llenan de esperanzas y de audacias mi tránsito en la vida y en la lucha diaria.

Quiero compartir con ustedes que en este recorrido no sólo he cargado de conocimientos mi mochila, he aprendido que la paciencia y la perseverancia son dos herramientas que permiten conquistar el mundo.

La paciencia para construir procesos individuales y colectivos de cambio; la perseverancia, esa gran virtud de mi Laurita, ejemplo para cumplir con las tareas y los compromisos, pero sobre todo para construir el autoestima

como un motor de las realizaciones personales y de las grandes transformaciones.

En esta hora de cambios fundamentales en Ecuador, quiero ante ustedes renovar mi compromiso con la construcción de una democracia feminista, de una democracia radical, que incluya de manera explícita la justicia de género y la protección de los derechos de las mujeres.

El camino por recorrer es todavía ancho y prolongado y aunque ahora, más que hace tres décadas, contamos con más y más aliados y aliadas, nos queda ya no sólo la esperanza sino la certeza de vamos hacia una sociedad más justa, respetuosa, solidaria y equitativa.

Al conmemorar este 8 de marzo del 2008, honrando la memoria de Manuela Espejo, quiero decirle al país que las feministas y las mujeres ecuatorianas organizadas queremos un compromiso de todos y de todas para el cambio colectivo. Aspiramos a que la nueva Constitución sirva para hacer realidad un Estado Social y Democrático de Derecho, verdaderamente laico, que garantice y promueva la progresividad de los derechos humanos de las mujeres, que reafirme nuestras conquistas y logros del siglo XX.

Permítanme agradecer al Municipio del Distrito Metropolitano de Quito por esta distinción, a las compañeras del Consejo Nacional de las Mujeres y de las Organizaciones de Mujeres que promovieron mi candidatura a este Premio, a Margarita Carranco y a las miembros de la Comisión de Género y Equidad Social del Municipio.

Señor Alcalde, querida Margarita,

Amigas, amigos y familiares que me honran con su compañía en esta tarde, muchas gracias.